

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO XLIX. - TOMO XL. - MAYO - AGOSTO 1960. - CUAD. CLX

Biografía del castellano "Acirate"

§ 1. Tradicional desorientación sobre "acirate".—§ 2. Historia de la fantástica definición de "acirate".—§ 3. Sentido y "autoridades" de esta voz. Cronología y geografía de la misma.—§ 4. Etimologías que se han dado de "acirate".—§ 5. El árabe *širāṭ* 'camino espiritual', y el español "acirate" en el mismo sentido. "Autoridades" de este *acirate*. Su desdoblamiento semántico para significar 'camino terrenal'.—§ 6. La leyenda del *širāṭ* en España: Grimaldo y Berceo. Relación de nuestro estudio con la tesis de Miguel Asín sobre la escatología musulmana en la *Divina Comedia*.—§ 7. Resumen.

§ 1. Tradicional desorientación sobre "acirate".

Creo que es conveniente revisar la definición tradicional del español *acirate*, documentar su empleo y poner en claro su origen. Los diccionarios revelan, me parece, una general desorientación sobre los significados de esta voz; jamás ofrecen, que yo sepa, autoridades que acrediten su uso, y aunque la etimología, a mi entender verdadera, no deje de consignarse en el diccionario oficial, como falsa o incierta la dieron, y aún siguen dando, algunos arabistas y romanistas.

De ahí que me decida a contribuir con este artículo al estudio de la biografía de esta palabra, muy significativa, además, como ya veremos, dentro de las creencias religiosas de nuestra Edad Media (1).

(1) Este artículo es en realidad el segundo de una serie de biografías

§ 2. *Historia de la fantástica definición de "acirate".*

Acirate no aparece en los diccionarios, que yo sepa, hasta 1726. En plural, surge entonces en el de "Autoridades", definiéndose por "Lomas o lindes que se hacen en las heredades para dividir las y en los jardines y huertas con ladrillos u otra cosa alrededor de las paredes, dexando media vara de terreno para poner plantas y flores". En el mismo diccionario se registra, además, *acidates*, "ahora *acirates*" dice la Academia; voz, añade, "al parecer arábica, usada por el rey don Alfonso en el *Libro de la Montería*", sin decir en qué folio.

La definición me parece fantástica en su mayor parte. Los redactores del diccionario, al emplear la palabra "linde", se ve que entendieron *acirate* como lo que en realidad tiene que ser, o es lógico que sea, es decir, como "línea o "linde" artificial o natural que separa unas heredades de otras"; mas al tratar de caracterizar esa línea, o la imaginaron innecesariamente como "loma" pensando en las que forman los surcos de los recuadros de las hazas o sembrados, o como faja de jardinería por confusión seguramente con *arriate*, o como bordillo de ladrillos a modo no sé si de pretil, por equivocación con *acitara*. Todo menos lo que en realidad tiene que ser una línea limítrofe entre heredades, o sea: una simple cinta de terreno, más o menos estrecha, para el indispensable paso o tránsito entre las mismas, cuyos bordes pueden aparecer o no señalados por una defensa de seto, zarza, cambrón, fila de árboles o arbustos, muro o pretil de piedras o tapial, etcétera, e incluso, si se quiere, por una simple "loma", que a lo mejor coincide con la del último surco de un sembrado. De todas maneras, la definición no parece del todo inexacta porque diciendo "linde" siempre cabe pensar en que el *acirate* no sea forzosamente una "loma".

Esa definición se extracta desde luego en el Diccionario reducido a un tomo que se publica en 1780, pero los redactores,

de voces españolas que prometí, e inicié con la *Biografía del español "alminar"* en este mismo BOLETÍN (t. XXXIX, cuad. 157, págs. 277-294)

en el afán de ser breves o de evitar una redundancia, llegan entonces a tal extremo que suprimen la palabra fundamental “linde”, con lo cual terminan describiendo *acirate* erróneamente como “loma que se hace en las heredades para dividir las”, que es lo que luego se repite siempre, incluso en la última edición del diccionario.

Alguien hay, sin embargo, en el siglo XIX que no parece esté conforme con esa definición que ya ha venido entonces a ser tradicional. Me refiero a Engelmann, que, en 1861, llama *acirate* a todo “paso estrecho entre dos tierras”, no sé si por deducción de lo que hemos visto decía el diccionario de “Autoridades” (1). De todas formas, la definición de Engelmann cayó en el olvido. De ella no hizo caso ni siquiera Dozy, pues para él, *acirate* era voz sospechosa: quizá una “corrupción” de algo que no podía concretar. Hacía falta, además, según él, demostrar que esa palabra se había empleado por escrito, pues ni siquiera en el *Libro de la Montería*, en el que la Academia aseguraba aparecía *acidates*, había podido Dozy comprobar el uso de la misma (2).

Ideas muy confusas sobre la naturaleza y significado de esta palabra mostró tener más tarde, en 1886, Leopoldo Eguilaz, quien después de imaginar *acirate* como forma moderna descendiente de *acidate*, definió los dos como “lomas o lindes que se hacen en las heredades para dividir las”, negó que pudieran significar “paso estrecho” como quería Engelmann, y, siempre desorientado por las definiciones académicas, imaginó otro *acirate* “por corrupción de *arriate*” en el sentido de “lomas o lindes que se hacen en los jardines y huertos con ladrillos u otras cosas para poner plantas y flores”, si es que con tal significación “se emplea —añadía— en algún punto de España”. Su desorientación se advierte también, desde luego, en las etimologías que propuso según luego veremos (3).

En nuestro siglo, la Academia ha añadido a la definición

(1) Engelmann, *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de Parabe*, Leyde, 1861, pág. 5.

(2) R. Dozy y W. H. Engelmann, *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de Parabe* 2.^a ed., Leyde, 1869, pág. 38.

(3) Leopoldo Eguilaz, *Glosario etimológico de las palabras ... de origen oriental*, Granada, 1886, págs. 32-34.

de 1780 dos acepciones más: la de “caballón”, “lomo que se levanta con la azada para formar y dividir las eras de las huertas y para plantar las hortalizas o aporcarlas”, y la de “senda que separa dos hileras de árboles en un paseo”. Mas en 1933, cuando al publicarse los dos primeros tomos del *Diccionario Histórico*, llega el momento de justificar la definición de 1780, así como las de las dos acepciones recientemente incorporadas, ninguna cita lexicográfica, autoridad o ejemplo del uso de *acirate* aduce entonces la Academia al lado de las tres acepciones allí reproducidas.

En fin, nada nuevo ofrece el artículo de *acirate* en el *Diccionario crítico etimológico* de Juan Corominas, pues ni se rectifica la definición tradicional (“loma que se hace en las heredades para servir de lindero”, t. I, pág. 25), ni se aduce otra documentación que la simple alusión al Diccionario de “Autoridades”. Es más: Corominas prescinde del *acidates* del *Libro de la Montería* al que la Academia había antiguamente aludido, pues “es dudoso —dice— que tenga *acidates* que ver con *acirates* puesto que es nombre de lugar” (1).

Estamos, pues, en resumen, ante una palabra recogida, en 1726, indudablemente de la tradición oral; palabra confusamente definida entonces, aunque no tanto que no pueda entenderse, en medio de todo, como voz que signifique ‘senda o paso límite entre heredades’; registrada, en fin, con definición errónea (“loma”), desde 1780 hasta nuestros días, como consecuencia de haber sido entonces mal extractada e interpretada la definición primitiva.

Se trata, además, de un vocablo, repito, nunca documentado en los diccionarios, ante el cual, en medio de la confusión existente sobre su verdadero y exacto sentido, no cabe otro recurso que tratar de descubrir ejemplos de su empleo, para ver si se puede definir exactamente, con la seguridad de no equivocarnos.

(1) Veo a última hora que el único, al parecer, que no interpreta *acirate* por ‘loma’, sino simplemente por “senda”, es V. García de Diego en su *Diccionario etimológico*.

§ 3. *Sentido y autoridades de "acirate". Cronología y geografía de esta palabra. "Acirate", voz madrileña.*

Acirate lo encuentro, ante todo, en el *Fuero de Madrid*. Se lee en el apartado en que se indican los sitios por donde los ganados pueden libremente pasar o "entrar" a los abrevaderos, en previsión de que no perjudiquen las tierras o propiedades del término de la Villa. Y así, una "entrada" se dice que está "in el aldea de Belenego et de Johannes Muñoz ... et alia [en el espacio que va] del [desde el] Berrocho usque al *Acirate*" (1).

Los editores y comentaristas del *Fuero* toman "*Acirate*" como nombre propio geográfico, y, en el vocabulario que dedican al documento, prescinden por eso de la mención y estudio de esta voz. Mas no se debe pasar de largo ante la misma, pues *acirate* no es en realidad más que un nombre común, que puede, eso sí, llegar a ser habilitado, claro es, como propio geográfico, pero sin que se pierda la conciencia de su significación como nombre genérico. Así pues, bien se puede estimar este *acirate* como nombre común, para entenderlo entonces, en armonía con lo único verosímil de la definición de 1726, como "linde que se hace en las heredades", es decir, como límite o borde, en este caso, de determinadas propiedades del término de la Villa, que los legisladores o autores del *Fuero* temen pueda el ganado franquear.

La segunda autoridad que se puede ofrecer de *acirate* es la de Alfonso XI en su *Libro de la Montería*. Desde luego la palabra aparece, si no hay confusión, escrita en la forma *acidates*, con *d* en vez de *r*; pero ello obedece —imagino— a una ultracorrección del amanuense, que la habrá escrito así por influencia o recuerdo de voces con *d* o *d* árabes dando *r*, como por ejemplo *albaire*, de al-bayḍ; *alfaire*, de al-fayḍ, y *berengena*, de baḍinḡān o baḍinḡān; etc.). El pasaje dice así, hablando de tierras del término de Sepúlveda: "las vocerías [para la caza se colocarán:] una, desde el collado de la Veguiela, por

(1) *Fuero de Madrid*, "Publicaciones del Archivo de la Villa", Madrid, 1932, artículo XL, "De exidos et entradas", pág. 39.

cima de la cumbre de las Fuentes, fasta la Tornera, et la otra desde la Tornera, por cima de las cumbres, fasta los *Acidates* et fasta el Portiello del Enzinoso" (1). Aquí, de la misma manera que en el *Fuero*, nos encontramos de nuevo, no propiamente con un topónimo, sino con el mismo nombre común de antes. Con *acirates* o *acidates* se alude a las líneas o pasos limítrofes del término, probablemente del campo de Sepúlveda, líneas hasta las cuales podría llegar a colocarse el personal auxiliar encargado de acosar la caza, quizá sin pasar de ellas por respeto a la propiedad privada o comunal a que el *acirate* pone límite.

La tercera autoridad, esta vez moderna, es la del gran geógrafo Pascual Madoz, en cuyo espléndido *Diccionario geográfico* (1847), y en el artículo dedicado a "Madrid", se emplea varias veces como nombre común. Desde luego, surge en la descripción precisamente de los límites de la Villa que se señalan por 36 mojones o hitos de piedra dispuestos a lo largo de los "*acirates*" (2). Así, el mojón que hacía el número 26 estaba "en el *acirate* —dice— [que hay] junto a la fuente" de uno de los "viajes", [o sea de las maÿras de Maÿrĩt] (3); "el 29 —añade luego—, en el *acirate* del arroyo [Abroñigal] con la huerta de Polentinos", o sea entre el borde de una propiedad particular y la margen del arroyo que, como todas las márgenes de ríos o arroyos, son también en cierto modo propiedades del pueblo o del dominio público, límites entre los cuales corre la natural línea o sendero limítrofe, que es lo que llamamos *acirate*; y el 34, finalmente, en "el *acirate* de la huerta de Herrera del Marqués de Valmediano".

El sentido de *acirate* creo, pues, que está ya claro, gracias a Madoz. En el contexto se habla de *caminos rurales*, de *arrecifes* (o 'carreteras' como la que llamaban de Castilla la Vieja, hoy "de la Coruña") y de *acirates*, que habrá, en resumen, que entender, repito, como 'senda divisoria', bien sea entre herencias, bien entre una finca y un arroyo o río...; senda siempre estrecha

(1) *Libro de la Montería de Alfonso XI*, ed. "Biblioteca Venatoria de Gutiérrez de la Vega", Madrid, 1877, t. II, pág. 193.

(2) Pascual Madoz, *Diccionario geográfico*, t. X, pág. 923.

(3) Véase mi *Historia del nombre "Madrid"* (C. S. I. C.), Madrid, 1959.

porque no es corriente que el propietario esté dispuesto a ser generoso en la cesión de sus tierras, y senda a lo largo de la cual pueden los propietarios, si quieren, defender su posesión con "cerradura" vegetal, pétreo o terrizo.

Cierto valor para la interpretación de *acirate* creo tiene además el mapa u hoja 558 del Instituto Geográfico Catastral (escala 1:50.000) correspondiente al término de Villamantilla, en la provincia de Madrid, donde al Oeste del citado pueblo aparece rotulado y trazado un breve caminillo con el nombre de "Camino del *Acirate*", expresión que puede interpretarse, bien como camino que conduce al *acirate*, es decir, a una senda entre ciertas propiedades y el río Aulencia, a lo largo del cual se marca, en el mapa, con línea de puntos, el término jurisdiccional precisamente de Villamantilla, bien como tautología al estilo de "puente de Alcántara", si es que el caminillo trazado y rotulado divide dos distintas herencias o tierras (1).

Por lo demás, nótese que *acirate*, no sólo aparece, con-

(1) *Acirates* (*Acicates* por errata en Madoz, *Dic. Geogr.*, t. IV, página 414) existe, o ha existido, también como nombre de una dehesa en *Borox* (Toledo), siempre dentro, como se ve, del área de difusión de *aš-širāṭ*, entre la Sierra y Toledo. No quiero, en fin, dejar de advertir que muy difícil será que se encuentre *aš-širāṭ* representado en la toponimia mayor hispánica, pues no es razonable semánticamente como nombre de entidades de población. Posible es, sin embargo, que de *aš-širāṭ* venga *CIRAT* en Castellón de la Plana como quería Miguel Asín; pero no *ACERA* en Palencia y *ACERED* en Teruel que también él dio como procedentes de esa voz en su *Contribución a la toponimia árabe de España* (págs. 103 y 42). Por lo demás, *Acera* (escrito *Azara* en documentos de Sahagún de 1107) no sé lo que podrá ser. Mas *Acered* sí que puedo, en cambio, identificarlo como procedente de un hispanoárabe **Azeriṭ* por **acerētū*, colectivo del lat. *acer*, -eris, 'lugar donde abunda el *ácer*, o *acero*, *acirón*, *azre*, *escarro*, etc., o *Arce monspessulanium* L., con terminación -*ed* (de -*iṭ* de -*ētum*), intermedia, geográfica y lingüísticamente, entre la de Castilla la Nueva que es -*ete* (*Alanchete*) y la de Cataluña o Levante que es -*et* (*Almatret*). Terminación, me refiero a -*ed* (de *Acered*), típica sobre todo de topónimos en torno a Daroca y Calatayud, donde cerca o junto a *Acered* se encuentran varios nombres del mismo tipo, como *Tobed*, *Santed*, *Used* y *Somed* (Šumīṭ en geógrafos árabes, aspecto complicado que explico detenidamente en una publicación que preparo).

forme a las autoridades que aducimos, documentado cronológicamente, sino también, a la vez, geográficamente. Porque si se encuentra en los siglos XII o XIII en el *Fuero* y luego en Madoz en 1847 para aludir en las dos épocas a unos mismos senderos del contorno madrileño, fechada y, a la vez, localizada como madrileña queda la palabra. Palabra adulta ya en el siglo XII, con vigencia durante más de siete siglos, si es que hoy todavía no se escucha, siempre con arraigo en las tierras de Madrid, desde las que seguramente no pasó, hacia el Norte, más allá de las de la Sierra del Guadarrama o de Sepúlveda, donde la encontramos en la época de Alfonso XI.

En fin, fijado ya el sentido de la palabra objeto de nuestro estudio, bien podemos pasar, ahora, al estudio de su etimología.

§ 4. *Etimologías que se han dado de "acirate".*

Fue Martínez Marina, en 1805, quien antes que nadie, me parece, dio el árabe *aṣ-ṣirāṭ* "camino" como origen de *acirate*, etimología que se repite en todas las modernas ediciones del Diccionario académico (1). Nunca ha sido, sin embargo, aceptada de una manera franca por quienes en el siglo pasado o en el actual han tratado de dar una explicación de la misma. Es más: alguno ha habido que la ha rechazado rotundamente. Veámoslo.

En 1861, Engelmann es el primero que duda de ella. Desde luego comienza aceptándola a la vista del Diccionario de Freytag, que le ofrece como traducción la de "via patens", y de la obra de Lane (*Modern Egyptians*) donde se habla de *aṣ-ṣirāṭ* como "puente en medio del infierno, más estrecho que el filo de una espada, por el que deben pasar las almas". Engelmann piensa entonces que bien se puede tomar *aṣ-ṣirāṭ* en el sentido más concreto de 'paso estrecho', que casaría bien

(1) Francisco Martínez Marina, *Catálogo de algunas voces castellanamente puramente arábigas*, "Memorias de la R. Academia de la Historia", 1805, t. IV.

con el de *acirate*, como 'paso estrecho entre dos tierras'; pero a continuación confiesa que en esta última acepción particular jamás la ha encontrado en los autores árabes, con lo cual deja la etimología en tela de juicio.

Poco después, en 1869, viene Dozy a completar la obra de Engelmann, y al llegar al artículo *acirate* (voz que ya dijimos era para él sospechosa), rechaza la hipótesis de su relación con *aṣ-ṣirāṭ*. Para que esta etimología fuese admisible —viene a decir— haría falta que se probase por medio de pasajes de autores árabes que *ṣirāṭ* ha sido empleado en el sentido de 'paso estrecho'. Ahora bien —añade el ilustre orientalista—, "j'ose predire qu'on les cherchera en vain" (1).

Contrario a toda etimología que partiese de *aṣ-ṣirāṭ* se muestra más tarde, en 1886, Leopoldo Eguilaz, que da: el árabe *a s d ā d* (plural de *s a d d*) "mons, res intercedens inter duas res prohibensque transitus" como origen de *acidates* y *acirate* en el sentido, los dos, de "lomas o lindes que se hacen en las heredades para dividir las"; y el árabe *a r - r i y ā ḍ* 'los jardines' como origen de otro supuesto *acirate* en el sentido de "loma o linde que se hace en los jardines y huertos con ladrillos u otra cosa dejando media vara de terreno para poner plantas y flores". Con ánimo de desautorizar a Dozy, Eguilaz se entretiene además en tratar de definir *aṣ-ṣirāṭ*, recordándole que en el Diccionario de Kazimirski se registraba en el sentido de "camino, ruta o sendero", y que en el de Raimundo Martín aparecía igualmente traducida por "camino" o "senda" como "voz de uso popular y común entre los moros andaluces" (2).

La desorientación etimológica continúa luego de tal modo que hay quien registra *acirate* como metátesis de *actarā*, según puede verse en el Diccionario de Roque Barcia. Mas a la etimología tradicional se termina volviendo en nuestro siglo, aunque

(1) *Loc. cit.*, pág. 38.

(2) *Loc. cit.*, págs. 32-34. Eguilaz no se ajustaba a la verdad. Raimundo Martín, o quien sea el autor del *Vocabulista*, tradujo *ṣirāṭ* por *via*, pero no por *semita*, voz esta última que Raimundo Martín interpreta por el árabe vulgar *ṣimṭair* y por *majda* (Schiaparelli, *Vocabulista in arabico*, Firenze, 1871, pág. 626).

no siempre con la plena convicción de que se esté en lo cierto. Tal le sucede por ejemplo a Juan Corominas, para quien el origen de *acirate* “parece ser —dice— el árabe *aṣ-ṣirāṭ*”, etimología —añade— que “presenta varias oscuridades para las cuales véase Dozy *Glos.*, y Eguilaz”.

Ante tanta incertidumbre, justificado está, pues, que revise-mos la etimología de *acirate*.

§ 5. *El árabe aṣ-ṣirāṭ ‘camino espiritual’ y el castellano acirate en el mismo sentido. Autoridades de este “acirate”. Su desdoblamiento semántico para significar ‘camino terrenal’.*

El origen de *acirate* ‘sendero’, no creo que pueda ser otro que el árabe *aṣ-ṣirāṭ*. Ahora bien: para comprender tan discutida etimología hay que comenzar por reconocer —basta que así lo indicara Dozy— que esa voz no se encuentra empleada en los escritores árabes en el sentido de ‘camino o sendero terrenal’. Mas también hay que recordar inmediatamente que sí se encuentra, en cambio, en el de ‘camino o sendero espiritual’, y más concretamente en el de ‘cierto sendero estrechísimo y difícil que las almas han de recorrer en dirección al paraíso’, sentido que Dozy no quiso por lo visto recordar, y sentido que también ha sido propio, como veremos inmediatamente, del español *acirate* (1).

Desde luego se trata de un *ṣirāṭ* que se viene explicando como adaptación al árabe del latín *strata*, el cual aparece siempre empleado como término propio del lenguaje religioso. Tal voz se puede documentar a partir sobre todo del Alcorán, donde aparece cuarenta y cuatro veces (2). De los corres-

(1) Es curioso que Dozy no registrara esta palabra en el *Supplément aux dictionnaires arabes*, él, que tanto cuidado había puesto en recoger en este magnífico repertorio las voces del vocabulario atribuido a Raimundo Martín, donde se encuentra.

(2) Cfr. Flügel, *Concordantiae Corani arabicae*, Lipsiae, 1842, página 108. Alguna vez en los diccionarios puede aparecer *ṣirāṭ* en luga

pondientes pasajes alcoránicos, y especialmente de aquel en que *şirâṭ* se entiende como sendero sobre el infierno (XXXVI, 25), derivan numerosos comentarios de tradicionistas y místicos que nos ofrecen infinitas estampas o descripciones del mismo, siempre con la preocupación de que se conciba como el sendero más estrecho y difícil que el hombre pueda imaginar. Sendero “más sutil que el filo de una espada”, situado sobre el infierno en dirección a las moradas celestiales, en las que no es posible entrar sin antes sufrir las almas la prueba de su tránsito. Muchas de esas descripciones pueden verse en la memorable obra de Miguel Asín, titulada *La Escatología musulmana en la Divina Comedia*, donde se recogen, sobre todo, las del místico murciano Ibn 'Arabî. “Las almas que no entrarán en el infierno —decía, por ejemplo, este gran escritor hispanoárabe— serán detenidas en el *şirâṭ*, donde se tomará estrecha cuenta de sus culpas... Tal *şirâṭ* estará sobre las espaldas del infierno, y sólo caminando por él se entrará en el paraíso...; se alzarán desde la tierra en línea recta hasta la superficie de las estrellas, y su término será una pradera, paraíso de las delicias...”. “Unas almas —repiten otros escritores— lo atravesarán veloces como el relámpago, como el viento, como el caballo de carreras; otras, corriendo o andando; otras, arrastrándose sobre su vientre o a gatas.”

A veces este sendero aparece dividido en dos partes, Una, inicial, intransitable para los pecadores que por sus graves culpas terminan resbalando y cayendo al infierno, y otra donde las almas han de detenerse para purificarse de sus pecados leves. Imagínase entonces este segundo paso como propio de un “puente” altísimo con cámaras o estancias que constituyen el purgatorio, reservándose así en muchos de estos casos la voz *şirâṭ* para el primer recorrido, y la palabra *qanṭara* para el segundo, si es que no se llama en otras ocasiones con uno u otro término indistintamente a la totalidad de la senda (1).

de *şirâṭ*, grafía, la primera, desde luego rara, que no afecta para nada, por otra parte, a la cuestión fonética del resultado castellano.

(1) Miguel Asín, *La Escatología musulmana en la Divina Comedia seguida de la historia y crítica de una polémica*, segunda edición, Madrid-Granada, 1943, págs. 180-184 y 282.

Una vez recordado el empleo y sentido de *şirāṭ*, necesario es también llegar a reconocer que esa voz ha pasado, como decíamos, al castellano en su significado original, o sea escatológico. De su empleo, o sea de este *acirate* 'sendero de ultratumba' jamás recogido en los diccionarios, puedo aducir, por lo menos, tres ejemplos.

El primero pertenece a la traducción castellana del *Libro de la Escala de Mahoma*, obra árabe que Alfonso el Sabio manda traducir al latín, al francés y al castellano. Versión esta última que sólo conocemos a través, al parecer, de un resumen o copia parcial de San Pedro Pascual, muerto en 1300. Allí se lee: "E dixo Mahomat quel *azirat* es partido sobre las espaldas del ynfierno e es tan delgado como el cavello e tan agudo como la espada e es partido por siete puentes los quales an de pasar los omes ..." (1). Desde luego, *azirat*[e] se emplea aquí como término conocido dentro del castellano, pues no de la misma manera se inserta la voz en la traducción latina ("qui dicitur *azirat*") (2), o en la versión francesa ("qui est a pelles *azirat*") (3).

El segundo ejemplo corresponde a una "aljotba" (al-juṭba) o sermón de los que preceden a la oración del viernes practicada en la mezquita, compuesto en verso y escrito en aljamiado por un morisco aragonés seguramente del siglo XIV, el cual, al hablar de los pilares de la fe musulmana, recuerda a los fieles

(1) Véase el texto (según el cod. escurialense H. II 25) en Enrico Cerulli, *Il "Libro della Scala" e la questione delle fonti arabo-spagnole della Divina Commedia*, Città del Vaticano, 1949, pág. 299. La voz se repite más adelante: "E dixo Mahoma qué! estara en cabo de las puentes dando boces: ¡ya Señor, mío pueblo, mío pueblo! e meterse an los omes por el *azirat*", ídem, pág. 292. El códice, según Cerulli en nota, dice "*azirad*".

(2) *Idem*, pág. 184.

(3) *Idem*, pág. 185. No parece, en cambio, que aş-şirāṭ arraigase en el romance levantino: Raimundo Lulio, cuando se encuentra con esta voz en textos árabes, la traduce al catalán por "carrera", al menos en el *Llibre del Gentil*: "Lo sarrahi dix al gentil: Nos crehem que al día del judici sera una carrera on passaran benaurats ... ; aquella carrera será tan estreta com un cabeyl o com un tayl de espaha ...", edic. de los pasajes escatológicos de la obra en E. Cerulli, *loc. cit.*, pág. 274.

la obligación de creer en “el aljanna y jahanna y l'aşşirāṭ y el peso”, pues “el que esto no creye no tiene buen seso” (1).

El tercer ejemplo, en fin, corresponde al *Breviario sunni* de 'Isà de Yābir, el famoso alfaquí mayor de la aljama de Segovia, que dice así, en copia tardía de esta obra escrita en 1462: “el onceno artículo es creer y tener por fe que han de pasar por el puente del *açiratte* el día del juicio, por donde pasarán los bienaventurados tan presto como un rayo; y aquel puente será tan largo y delgado que en tiempo de este presente siglo no lo pasarán por falta de sus obras, de donde caerán en el infierno los infieles y blasfemos y hombres de poca fe y de conciencia y de poca açadaca” (2).

Una vez reconocida la existencia de este español *acirate* de sentido escatológico, fácil es ya comprender el origen de ese otro *acirate* de sentido realista, el cual se produce como consecuencia de aquél. O sea a causa de un desdoblamiento semántico del clásico aş-şirāṭ, por obra de los creyentes hispanomusulmanes que, saturados de imágenes tenebrosas del sutil y angustioso sendero de ultratumba, tendieron a asociarlas con la imagen real de los más estrechos senderos

(1) *Aljotba de Pascua de Ramadān sacada de arabí en ajamí*, versos 41 y 42, edit. por Marc. Jos. Müller, *Morisco-Gedichte*, “Sitzung der philos.-philol. classe vom 7 juli 1860”, págs. 201-253. El poeta morisco alude también, como vemos, al “peso”, es decir, a la balanza, en que se han de ponderar los méritos y deméritos de los hombres según los ḥadīts derivados del pasaje del Alcorán (XXI, 48) sobre las balanzas que Dios establecerá el día del Juicio, leyenda estudiada por Miguel Asín, *ob. citada*, págs. 298-303.

(2) Edición Gayangos, “Mem. Hist. Esp.”, t. V, pág. 259. Sobre el autor, véase Darío Cabanelas Rodríguez, O. F. M., *Juan de Segovia y el problema islámico*, Madrid, 1952, págs. 146 y sigs. El pasaje y la palabra *acirate* se repite en el *Breve compendio de nuestra santa ley* del morisco de Cadrete (en Zaragoza) Baray de Reminyo (1534) que en aljamiado dice así, glosando al alfaquí segoviano: “El onzeno artikulo ... es kreer y tener por fe ke an de paşar por el puwente del aşireṭ, ke şera şu paşo tan largo komo todo eşte şigolo, i tan delgado komo la hebra de la araña ...” Véase L. P. Harvey, *Un manuscrito aljamiado de Cambridge*, “A1-Andalus”, XXIII (1958), pág. 55.

de este mundo a los que dieron así el mismo nombre. Proceso semántico propio de la España musulmana, donde la leyenda del *şirāṭ* tuvo un arraigo y desarrollo extraordinarios. Y proceso normal y corriente si recordamos otras voces también relativas al mundo ultraterreno, como *paraíso*, *infierno*, *purgatorio*, *gloria* (*glorieta*), etc., que de la misma manera se desdoblaron semánticamente para venir a señalar elementos del paisaje o ambiente terrenales.

A *ş-şirāṭ* puede documentarse, en fin, dentro del árabe vulgar español, acudiendo al vocabulario del siglo XIII atribuido a Raimundo Martín, donde aparece como traducción del latín *via*, no sabemos si en sentido idealista y realista a la vez (1).

§ 6. *La leyenda del şirāṭ en la España cristiana. Grimaldo y Berceo: Santo Domingo atravesando el "acirate". Relación de nuestro estudio con la tesis de Miguel Asín sobre la escatología musulmana en la "Divina comedia".*

No hay que pensar además que la asociación de ideas de que hablamos en el párrafo anterior fuera propia únicamente de los creyentes musulmanes, pues también lo pudo ser de los cristianos o mozárabes, puesto que también éstos hicieron suya la leyenda del *şirāṭ*, según intentaremos demostrar.

Desde luego, la leyenda no la encuentro en autores mozárabes de la España musulmana, pero sí en autores castellanos a los que, indudablemente, llegó desde al-Andalus por conducto, es de suponer, de mozárabes emigrantes.

Así lo refleja, sobre todo, un pasaje de la biografía de Santo Domingo Manso († 1070) que, en el último tercio del siglo XI, escribe Grimaldo, monje de Silos, muerto treinta años después que su biografiado, al que nos muestra nada menos que atrave-

(1) Lo más probable, sin embargo, es que el autor del *Vocabulista* no pensará más que en el sentido idealista, o sea en el que más le interesaba para la polémica con los musulmanes.

sando el *şirâţ* o, mejor, el *qanţara*, que es el término en que en realidad se fija (traduciéndolo, claro es, por *pons*), término, como ya dijimos, sinónimo de *şirâţ* en el lenguaje de la leyenda.

En esta obra, Grimaldo relata las cosas como referidas por el propio santo, el cual comienza manifestando haberse sentido cierta noche transportado en visión (“*uidebam in visione*”) a la orilla de un río del que nacían otros dos, uno blanco como la leche y otro rojo como la sangre, atravesado aquél por un puente de vidrio tan estrecho que no medía más de un palmo y medio. Al extremo del puente se veían —prosigue— dos varones vestidos de blanco con pectorales de oro, los cuales muestran y ofrecen a Domingo tres coronas áureas. Uno de ellos le manda entonces que atravesase el puente; mas el santo responde que es de todo punto imposible caminar por él a fuerza de estrecho: “*Non possum, domine —exclama—, nimis certe angustus et fragilis est pons hişte quem omnino nequeo pertransire*”. Entonces el otro le responde: “*Noli timere, sed securus libere transi et veni*”. A la voz de mandato y aliento, corre entonces el santo, y, con pasò seguro y feliz, atraviesa el angosto (“*angustum*”) puente vítreo hasta llegar a ellos (1).

(1) He aquí el texto de Grimaldo (*Vita Beati Dominici Confessoris Christi et Abbatis*) según la ed. de Sebastián Vergara, *Vida y milagros del thaumaturgo español, Moysés segundo, redentor de cautivos, abogado de los felices partos, Santo Domingo Manso*, etc., Madrid, 1736 (B. N. de Madrid, V/908), pág. 346:

«*Videbam inquit in visione hac nocte me iuxta quendam fluvium stare, de quo fluvio emanabant duo magni rivi nimium profundi. Unus retinens ad instar lactis colorem candidum, alter vero ad similitudinem sanguinis sanguineum. Et dum ambo rivi de supra dicto fluvio procedere michi viderentur, alter tamen alteri non iungebatur. Super fluvium vero videbatur michi esse pons vitreus, spatium palmi; et dimidii habens amplitudo illius. In cui pontis extremitate stabant duo viri, ultra humanam pulcritudinem pulcherrimi vestibus albis induti quorum pectora zonis aureis mirò fulgore fulgentibus erant precinta. Et unus ex his duas coronas aureas nimio et incredibile splendore splendentem in manu tenebat alter vero unam solam ferebat que septemplici fulgore, illas duas quas alter tenebat superabat et in super tota ex lapidibus preciosis contexta erat. At ille qui duas coronas tenebat, me vocabat et ut ad eos venirem iubebat*

Por lo demás, bien merece la versión de Grimaldo (nunca recogida, que yo sepa, por quienes han tratado de la leyenda del *şirâṭ*) ser recordada junto a aquellas otras versiones medievales de la misma, irlandesas e italianas, las cuales estudió Miguel Asín en *La escatología musulmana en la Divina Comedia* (1). Versiones cuya inspiración islámica defendida por Asín ha puesto, por cierto, en duda Carlo Cerulli al recordar el pasaje de la Vulgata de Esdras IV en que se habla de la "civitas aedificata in loco campestri" a la que se llega por una senda o "introitus angustus" entre fuego y agua; así como también la visión de Esteban que narra San Gregorio († 604) en sus *Diálogos* sobre un soldado muerto a consecuencia de la peste, que, vuelto a la vida, cuenta haber visto un puente que sólo consiguen atravesar los justos, sobre un río negro y de hedor insoportable que termina en praderas donde gentes vestidas de blanco viven en resplandecientes moradas (2).

Ante estos dos pasajes sobre una leyenda que sabíamos ya era premusulmana (3), no hay motivo sin embargo para poner

sed e contra me respondente ac dicente: «non possum domine, nimis certe angustus et fragilis est pons histe quem omnino nequeo pertransire.» Respondens dixit michi: «Noli timere sed securus libere, transi et veni». Cuius precepto obtemperans prospero et inoffenso gradu angustum et vitreum pontem transivi et ad eos veni»".

(1) Miguel Asín (*Escat.*, pág. 281) señala la leyenda del *şirâṭ*: 1.º en *La visión de San Pablo* en versiones de los siglos XII y XIII, donde se describe el puente entre este mundo y el paraíso, puente *sutil como un cabello*, "flagrante plagio —dice Asín— del *şirâṭ* o puente musulmán"; 2.º, en la *Leyenda de Tundal*, irlandesa de la segunda mitad del siglo XII (*Escat.*, pág. 291, con carácter humorístico); 3.º, en la *Leyenda del purgatorio de San Patricio* también irlandesa y de la misma época que la anterior (*Escat.*, pág. 293); 4.º en la *Visión de Alberico* del siglo XIII procedente del monasterio de Montecasino (*Escat.*, pág. 294); y 5.º, en la *Visión del abate Joaquín* del siglo XII, repitiendo las comparaciones de siempre en cuanto al *şirâṭ* "que franquearan unos con la velocidad del relámpago, otros como el viento y otros como las aves" (*Escat.*, pág. 294).

(2) E. Cerulli, *ob. cit.*, págs. 530-532.

(3) Véase M. Asín, *ob. cit.*, pág. 180, donde alude a la leyenda (*Cinvat*) en Persia, y E. Cerulli, *ob. cit.*, pág. 532, nota 2, donde cita el estudio de Ernest J. Becker (*A Contribution to the Comparative Study of the Medieval Visions of Heaven and Hell*, Baltimore, 1899, pág. 18), en el

en duda el entronque de las versiones árabes con las cristianas medievales posteriores a San Gregorio, pues, en realidad, éstas se asemejan, no a las preislámicas esporádicas y de insignificante escenografía, sino a las musulmanas pintorescas y detallistas.

Con las musulmanas, y no con las anteriores al Islam, coincide en efecto la del monje de Silos; por ejemplo, en la preocupación: 1.º, por ponderar la estrechez de la senda que en Grimaldo es de palmo y medio; 2.º, por poner de relieve la facilidad o velocidad inconcebibles con que pueden recorrerla los limpios de pecado como Santo Domingo, que camina por ella veloz, con paso rápido y feliz, y 3.º, por hacer constar que los justos no pueden lanzarse a la travesía del *ṣirāṭ* sin antes sentirse mandados y animados por la voz del Señor o de seres angélicos que en el *Kitāb al-Miṣrāy*, según la traducción latina, es: “*Venite amici mei, transite viriliter azirat halmuzakin*” (1), lo mismo que en la versión de Grimaldo dicen “*Noli timere sed securus libere, transi et veni*”.

No olvidemos, por otra parte, que en verso castellano ha puesto Berceo la obra de Grimaldo, repitiéndose así en el segundo tercio del siglo XIII el episodio descrito de la vida de Santo Domingo (estrofas 228-243). Y se repite —y esto es lo más curioso— con detalles que no están en el original y que parece vienen de las mismas versiones árabes, como si éstas hubieran seguido influyendo después del siglo XI en los centros castellanos de influjo mozárabe. Así, por ejemplo, el río que Grimaldo decía era blanco como la leche (“*retinens ad instar lactis colorem candidum*”, quién sabe si recordando el río de leche del Paraíso del Islam, “*de lacte totum quod ita album est quod hoc dicere nemo posset*”) (2), es ahora con Berceo, transparente “como si fuera de cristales” (estr. 230), quién sabe si recordando el río de agua inverosímilmente cristalina del Paraíso musulmán (“*totum de aqua est magis clara magisque saporosa quam possit aliquis ho-*

que se indica la posible relación entre las visiones iránicas y las occidentales.

(1) Corresponde al árabe *aṣ-ṣirāṭ al-mustaqīm* ‘el camino recto’ como ya indica Cerulli (*ob. cit.*, pág. 235).

(2) Pág. 109 de la ed. citada de la trad. latina del *Miṣrāy*.

minum cogitare”) (1). De análoga manera, aquel otro río que Grimaldo decía era rojo como la sangre (no sé si pensando en el río de fuego infernal que salva el puente de la leyenda árabe) es en Berceo rojo, sí, también, pero no como la sangre, sino como el vino, o sea “plus bermejo que vino de parrales” (estr. 230), comparación que nos trae a la memoria el río de vino del paraíso de Mahoma (2).

No sé, por otra parte, si al *sirāṭ* aludirá también Berceo en la *Vida de Santa Oria* cuando a la venerable emparedada de Villavelayo, que está en los cielos, le pregunta su madre Amuña (estr. 195), en el instante en que aquélla se le aparece en sueño o visión, si “en el pasamiento recibió o no pesar” (3).

En fin, nada de extraño tiene que se escuchen, en la literatura medieval de la España cristiana, ecos de la leyenda del *Mi'rāy*, desde el momento en que el término propio de la misma pasó indiscutiblemente a la lengua castellana. Fenómenos los dos, el literario y el lingüístico, interesantes, además, por su relación con la tesis de universal resonancia que Miguel Asín sostuvo hace años sobre la influencia árabe en la *Divina Comedia*, pues bien pudo llegar a Dante el eco de una leyenda como la del *sirāṭ* que la literatura y la lengua castellanas habían asimilado plenamente, conforme acabamos de ver.

(1) *Idem*. Mas recuérdese también: “Est enim aqua illa ita alba et tam clara et resplendens quod nullus eam respicere audet ne visum timens respiciendo amittat”, pág. 93 de la misma traducción.

(2) *Idem*, pág. 109: “Et hoc latine dicitur Gyon, quod per terram Paradisi currente totum de vino est.”

(3) A título de curiosidad recordaré que de esta creencia musulmana estaba enterado Zorrilla a través quizá del orientalista francés Garcin de Tassy, en cuyas obras debió documentarse antes de componer aquellos famosos versos de su *Libro de los espíritus*: “Es el puente — de la vida — que la gente — a luz venida — ha por fuerza — de pasar... — A este paso — tan estrecho —”, etc. (ed. 1852, t. I, pág. 147 y su nota pág. 350). Mas recuérdese también que de esta leyenda habla además en su *Vida de Mahoma* inserta al final del citado poema (*idem*, pág. 382), donde trata del “puente más estrecho que el filo de una espada llamado *Sirath*”.

§ 7. *Resumen.*

Acirate, en resumen, es voz procedente del árabe *aṣ-ṣirāṭ* 'camino estrecho de ultratumba de acceso al paraíso' (conforme a tradicionales leyendas escatológicas islámicas), que con esta significación pasó al romance hablado por el pueblo hispano-musulmán, no sin que dejara a su vez de ser conocida y usada, en ese mismo sentido, por la España cristiana, especialmente por los polemistas o arabistas medievales, que por "*acirate*" tradujeron normalmente el árabe *aṣ-ṣirāṭ*.

Mas *aṣ-ṣirāṭ* pasó, además, al castellano general en la misma forma *acirate* con el significado (por desdoblamiento semántico o asociación de ideas, dentro de la España musulmana) de 'camino estrecho terrenal', o sea de 'senda o paso estrecho límite', siendo en este sentido voz muy viva en torno a Madrid, donde se documenta como vigente y popular desde el siglo XII hasta mediados del siglo XIX.

JAIME OLIVER ASÍN.